

JUAN VILLORO

EL DOMINGO DE CANELA

SAGITARIO SE ATREVE a todo —dijo el gordo.

Marcos lo vio partir su filete con esmero y luego pasar la mano sobre la bolsa de la camisa donde llevaba las apuestas. Era imposible pensar en el gordo Echeverry sin su atuendo de leñador extraviado; la camisa cuadrículada de franela, las botas que según él (lo repetía con sospechosa insistencia) causaban delirio entre los montañistas.

Por el momento, las botas no causaban otra cosa que tropezones entre quienes circulaban en el pasillo. Marcos veía el cuero negro y las agujetas tremendamente amarillas cuando el gordo se volvió a quejar del filete. Había desquiciado a los meseros con su precisa noción de lo que debía ser un filete sangrante; el mismo plato fue y vino varias veces, mientras Marcos trataba de contar las apuestas que despuntaban en la camisa. Eran suficientes para recordarle que llevaba mucho sin pagar un quinto en el hipódromo. Tomó otro trago de cuba, buscó algo que lo distrajera en una mesa vecina; de cualquier forma le molestó ser incapaz de responder a la generosidad del gordo. Echeverry se hacía cargo de las cuentas con magnánima distracción, como si además de los billetes rápidos de las apuestas ganadas y perdidas dispusiera de una cantidad ilimitada; en verdad sólo era rico por minutos, pero no podía hacer algo sin exagerar, incluso como locutor tenía un estilo tan bombástico que en su voz "nosocomio", "aromático grano", "galeno", parecían elecciones naturales, preferibles a sus raquíuticos sinónimos.

Y el gordo jamás le había hecho sentir la crueldad de la cuenta acumulada, al contrario, actuaba como si el dinero fuera un *sobranje*, algo que en sus manos resultaría estorbo, y como si no fuera a dar a Marcos sino a una causa superior, el teatro mismo. ¿No fue él, a fin de cuentas, quien lo convenció de que valía la pena seguir trabajando con Peñalosa? ¿Seis meses de contorsiones y alaridos, de entender el teatro como un *acoso visual*, para no dar una función!

La luz daba de lleno en el ventanal que separaba el restorán de la pista. La primera carrera había terminado como una oscura ráfaga, imposible distinguir los apretados cuerpos de los caballos, más allá del cristal centellante. Ahora la sombra había ganado la tierra arenosa; un hombre de pies pequeños pisoteaba las hendiduras en la pista.

La segunda carrera sólo sirvió para que Marcos se

preocupara más. El gordo volcó la mantaguera y la salsa mexicana con sus puñetazos en la mesa. Luego llegaron otras cubas y la siguiente carrera lo encontró más relajado. Se entretuvo viendo a las mujeres desahoradas. Le fascinó el momento en que los caballos pasaban frente al restorán y las mujeres saltaban entre alaridos, los pechos oscilando en blusas más vistosas que las de los *jockeys*. Se distrajo tanto que le aplaudió a otro caballo. Tuvo que ver la cara de su amigo para saber que estaban del lado equivocado de la carrera. El disgusto de Echeverry por el nuevo desperdicio de *trifectas* y *condados* se extendió a las mujeres del hipódromo. Despreciaba ese entusiasmo elemental, los brazaletes agitados con furor que en el cierre de cada carrera convertían al restorán en una joyería asaltada. Si Marcos podía sacar algo en claro de los lances amorosos del gordo era que sólo le interesaban las mujeres que tuvieran complicaciones.

Buena parte del ceremonial del domingo consistía en fingir que también a Marcos le gustaban mucho las carreras. No se veían en otro sitio. Sus ensayos terminaban a las cuatro de la mañana y Echeverry entraba a las seis a cabina. El domingo se ponían al tanto de lo que sucedía en sus horarios contrapuestos; Echeverry le preguntaba del teatro, él procuraba no mencionar la radio y lo hacía hablar de la mujer que le había hecho compleja la semana.

Empezaba a oscurecer cuando se escuchó el grito de "¡arrancan!" por el altavoz. Esta vez Marcos siguió la carrera hasta su nítido desenlace: *Arlequín, Mañoso, Neon Light*.

—Es lo malo de los Sagitarios —dijo el gordo—. Nos tienta el azar pero no tenemos dotes adivinatorias. ¡No tengo un pinche planeta en Piscis!

Una vez metido en terreno astrológico, Echeverry divagaba con pasión. Había que cambiar de tema. —Estoy pensando en volver a la tele —dijo Marcos.

—¿Qué? Si quieres dinero te presto. Basta una vida abyecta en esta mesa.

No había vuelto a pensar en el tema desde que trabajó en una telenovela sobre un santo. Actuó de misionero y ofreció caridad en un español tan histórico que venía de alguna etapa anterior a la gramática. Después de su último capítulo, en el que besó un crucifijo oloroso a Resistol, hizo una auténtica profesión de fe: no regresaría a la televisión, seguiría para siempre en la madera cruda de los escenarios. Pero esto tampoco le traía grandes recuerdos; actuó en condiciones

que merecían la intervención del Tribunal Russell: azotó y fue azotado, lo ataron de pies y manos, se desnudó infinidad de veces, fue rociado de saliva por recitadores exaltados, lo suspendieron de cabeza en lo alto del escenario, aprendió a despojarse de su cuerpo, a someterlo a un castigo exultante, se convirtió en carne elocuente. Y luego, por fortuna, vino el cambio, la austera elegancia de los parlamentos, el teatro de voces, en ocasiones Peter Handke, casi siempre Harold Pinter.

Bastó que Marcos insinuara que ahora sí iba a claudicar para que Echeverry hablara del teatro pobre con entusiasmos suficientes para desatender dos carreras; nunca era tan buen amigo como en los momentos en que le recordaba su historia teatral, trabándola con una lógica que sólo él era capaz de ver.

—Ahorita vengo —dijo al fin, seguro del efecto de su perorata.

Dejó el folleto del hipódromo sobre la mesa, *Retinto y Barcelona* enmarcados en óvalos de tinta.

Los reflectores se encendieron. Las plantas al centro de la pista adquirieron mayor relieve. Marcos vio los arbustos en forma de trébol y herradura mientras los caballos se paseaban calmadamente con sus cobertores. Encendió un cigarro y aspiró despacio, disfrutando del restorán donde los platos y los meseros habían desaparecido. Una agradable modorra antes de volver a las mujeres frenéticas y la ansiedad de Echeverry, que llegó con nuevas tiras de papel en su camisa.

La séptima carrera se inició con un tropel de ruidos en las mesas. Echeverry se pasó las manos por el pelo, o lo que quedaba de él, los mechones hirsutos que flanqueaban su amplísima frente. Se concentró en la pista. Marcos veía los brazos bronceados de una mujer cuando los gritos de Echeverry lo hicieron desviar la vista a la carrera. *Canela* se despegó en la primera curva, puntuó en todo el recorrido y cerró con dos cuerpos de ventaja sobre *Barcelona*. El *jockey* entró a la meta como una ráfaga violácea y Echeverry alzó su boleta como un pendón triunfal. Abrazó a Marcos, le gritó al oído, lo palmeó cuatro, cinco veces, se engujo las lágrimas.

—¿No le ibas a *Retinto*? —preguntó Marcos, aún incapaz de compartir la excitación.

—Cambie en el último momento. ¡Una inspiración! Nos había ido pésimo con los favoritos.

En el marcador de las apuestas empezaron a cuajar números luminosos. Marcos vio la cara tensa de su amigo, la mirada que parecía seguir tratando de discernir los caballos confundidos en la meta, y deseó que la apuesta pagara mucho, mucho, como para justificar las manos aferradas al mantel en tantos domingos de derrota.

Echeverry había hecho tal escándalo que cuando el marcador se detuvo en una cifra excepcional, recibió aplausos de las mesas vecinas. Agradeció con excesiva parsimonia, tal vez para mostrar que estaba acostumbrado al triunfo. El pasillo estaba repleto, pero él se abrió paso con facilidad; su atuendo tenía una autoridad propia: nada más lógico que la apuesta récord fuera a dar a un leñador extravagante y no a los

expertos que llevaban en la corbata un fístol con una pequeña herradura.

Echeverry disfrutaba inmensamente su momento, como si cada uno de sus actos le reportara un triunfo adicional. Regresó a la mesa, la bolsa de la camisa hinchada en una forma casi alarmante, no quiso ver la siguiente carrera, dejó una propina exagerada y habló de celebrar toda la noche.

Las mesas estaban dispuestas en distintos niveles. El gordo vio a un conocido allí abajo; se despidió con un ademán que pareció abarcar el restorán entero. Marcos lo siguió y alcanzó a escuchar que brindaría en una terraza magnífica a la salud de *Canela y Barcelona* y las almas de cuarenta y cinco kilos que los habían tripulado. Echeverry anunciaba sus ocurrencias en voz alta, un heraldo de sí mismo, hasta que en su entusiasmo menospreció un peldaño y resbaló aparatosamente.

—¡Putá madre, mi tobillo!

Marcos lo ayudó a incorporarse y se dio cuenta de algo que no supo cómo acomodar en su mente, una sorpresa malbarajada entre otras sorpresas: en la bolsa de la camisa no había más que papeles revueltos.

—Pero si te caíste de un escalón —dijo por decir algo.

—Sí, pero lo tengo falseado de por vida. Hace siglos me dieron con un bastón de hockey.

—¿De hockey? Basta un resbalón para que mejores tu biografía.

El gordo se apoyó en él y siguió en el mismo tono delirante:

—Jugaba en una liga bastante respetable para un país tropical. Yo era pésimo, naturalmente. Mi función consistía en tirarme como obstáculo en el hielo. Recibí más bastonazos de los que merece un *res cogitans*. Todavía tengo astillas incrustadas —saltaba en un pie, la mano derecha aferrada al antebrazo de Marcos; parecía increíble que un tobillo se pudiera torcer dentro de esa bota acorazada.

—Agh, no puedo ni apoyarme. Vas a tener que manejar tú. Ya lo sabía, tengo a Saturno en la sexta Casa. Date de santos que no me maté.

Fue tan difícil introducirlo al coche que Marcos apenas tuvo energía de preguntar adónde iban.

—A mi casa, ¿adónde más?, tengo el tobillo de elefante.

Hacía mucho que no iba a la casa, de modo que Echeverry tuvo que guiarlo en la maraña de calles de un solo sentido. Tal vez la construcción fuera menos vieja de lo que aparentaba, en todo caso, el último brochazo a la fachada debía haber caído por 1960. Echeverry sacó un manojito con tantas llaves como si fuera celador de un internado.

—Los robos están cabrones —dijo, mientras Marcos abría la última cerradura, a nivel del piso.

La casa estaba en total desorden. Marcos recogió una estatuilla que había caído al suelo. Increíble que Echeverry viviera de ese modo. Realmente hacía mucho que sólo eran amigos durante cinco horas del domingo.

Pasaron a la cocina, el único sitio de la casa que parecía habitado.

—¿Se te antoja un té? —el gordo abrió una lata y hasta Marcos llegó un olor a tabaco de pipa.

Luego Echeverry se sentó con trabajo. Resopló. Hurgó en sus bolsillos y sacó cosas que hacían pensar en la otra parte de la casa: un pañuelo revuelto, cáscaras de cacahuates, la cuenta del restorán, las llaves, un cortaúñas oxidado, un objeto pequeño, tallado en hueso, semejante a la espina de un pez sierra. Echeverry los vio uno por uno y los guardó distraídamente en su bolsillo. Sólo las cáscaras quedaron en la mesa.

La revelación del gordo le produjo un estupor sin sorpresas, como si entrara en contacto con algo frío y afilado, pero no demasiado extraño, un utensilio de la cocina, tal vez. Pensó en abalanzarse sobre él, y por eso no lo hizo. ¿Había algo más absurdo que pensar sus impulsos? Ya estaba demasiado lejos, en un sitio donde Sandra guardaba reliquias que a él le parecían ridículas, trozos de tepalcate, aquel objeto dentado que ahora se complicaba en su mente, convirtiéndose en un signo de otro tiempo. Tuvo la impresión de disponer de una contraseña invertida, que sólo servía para cerrar puertas que habían quedado abiertas.

En una época en que la obra de moda se llamaba *El efecto de los rayos gama sobre las caléndulas* todo parecía posible, incluso que ellos fueran actores. La vida los había juntado en algo que a la distancia parecía una fraternidad con las mismas, ciegas, preferencias. Las conversaciones crecían hasta el amanecer y referirse al teatro era como anunciar una forma del futuro; sólo se interrumpían en los momentos de crisis en que se acababan los cigarros y alguien (casi siempre el gordo Echeverry) tenía que ir a los velatorios del ISSSTE, a la vuelta de donde vivía Sandra.

La habían conocido en uno de tantos ciclos dedicados a los Actores Eternos. Marcos y Echeverry acababan de entrar a la Facultad, encontrar cómplices era ya un poco estar en un reparto. Esa noche, James Stewart besó lentísimamente a Grace Kelly. Cuando la sala los devolvió a su molesto resplandor, Marcos la descubrió entre el público, o mejor, descubrió la bolsa delgadita que sostenía en sus dedos y parecía un estuche para guardar lápices. Le dijo algo que luego nadie podría recordar, pero que de algún modo estableció un punto de contacto entre ellos y Grace Kelly, que tal vez había usado el mismo estuche en la pantalla. Horas después el gordo dibujó un enjambre de planetas en una servilleta.

—Las efemérides de hoy. Así anda el cielo.

Pidió otra ronda de cervezas y durante media hora entreveró sus tres destinos con el sistema solar. A Marcos le hubiera dado igual que hablara de la Constelación de la Langosta, pero de cualquier forma creyó en los milagros de esa noche: Sandra había ido sola al cine, odiaba a los actores franceses que recitaban sus parlamentos como si llevaran cinco años en psicoanálisis, era actriz, nunca había actuado. Esa fue la primera noche en que Marcos vio al gordo resistir la tentación de desviar la plática a una partida de póquer.

Curioso que uno recordara las casas por sus desperfectos, al menos a él le gustaba hacerlo así; esas pequeñas fisuras hacían interesante la vida de entonces.

La casa de Sandra fue primero la puerta defectuosa que había que atrancar con un palo de escoba, y luego sería la llave de agua sin llave (sólo quedaba el tornillo y para hacerlo girar había que entrar a la regadera con una moneda de cinco centavos). Pero en la primera visita, la sala fue ante todo una colección de cosas extrañas que no pensaron que ella tuviera: tepalcates y puntas de obsidiana que debían venir de otro tiempo; no les costó trabajo adivinar la desagradable presencia de un antropólogo; de cualquier forma vieron con falsa admiración los flautistas de barro, las máscaras, un amuleto con forma de espina (el gordo se interesó en el tema cuando supo que era un signo adivinatorio mexicana, pero dejó de hacer preguntas cuando escuchó que también se usaba para el autosacrificio).

Poco a poco se fueron acostumbrando a la casa en la que no todo tenía que ver con Sandra, y una noche el gordo fue a comprar cigarros, se tardó más de la cuenta, ya no regresó. Marcos se quedó con el pelo caído de Sandra, sus senos pequeños, los lunares escondidos, y no le molestó que la ausencia de su amigo lo guiara como una mano secreta hacia esa zona viva, al aliento que se mezclaba con el suyo; al contrario, le pareció inverosímil haber tenido que hablar tanto, tanto preludio para llegar a la boca de Sandra.

Luego los primeros ensayos, regresar de madrugada al barrio lleno de conventos y manicomios, acostarse en el momento en que las calles se poblaban de uniformes grisáceos, negros, blancos. Tenderse en la cama con los músculos entumecidos, perderse en una región cada vez más blanda y lenta y silenciosa, lejos del mundo de afuera, donde todos tenían prisa.

Nunca le preguntó a Echeverry si esa noche había dejado pasar el tiempo en los velatorios, fumando entre llantos ajenos y el agobiante olor de las coronas fúnebres, o si se había ido directamente a casa. En todo caso había sabido leer las miradas antes que ellos. Marcos no quiso mencionar el asunto porque estaba harto de entrar al dominio astrológico. Para el gordo, los temas íntimos pasaban por los planetas. Mejor hablar del teatro, alguna brutal genialidad de Peñalosa, que empezaba a llevar el teatro a la frontera con el crimen.

Sandra entró y salió de su vida como en un cambio de escena. Hubo muchos montajes y de golpe ese instante: Marcos ya no estaba en el sofá *beige* de *Viejos tiempos* sino en el sofá marrón de *Tierra de nadie*. Todo parecía una mudanza equivocada: el escenario casi idéntico al de la obra anterior —las mismas luces mortecinas, el mismo rumor de lluvia—, pero sin un sitio para Sandra. Ensayó con la mente en otro lado, con Sandra en el sofá *beige*.

Ella lo acompañó a algún ensayo y siguió la obra con estudiada indiferencia. Nada le importaba menos que el éxito de *Viejos tiempos* se prolongara con una obra sin mujeres.

—¡Pinter es un opio! —le dijo al salir del teatro, con una voz tan cortada que él entendió "apio". Le divirtió que se traicionara de ese modo; su vanidad nunca había sido tan franca como la de las actrices menos inteligentes que ella, y también le gustó esa fragilidad que hasta entonces sólo le había visto en

el escenario; anticipó sus ojos enrojecidos, el labio inferior mordido con fuerza, el mohín de reproche que le salía tan bien. Pero Sandra fue la misma de siempre en su cuarto de Tlalpan. Al otro día aceptó una absurda gira a la provincia.

La ausencia de Sandra aumentó la confusión de los ensayos. En las primeras lecturas de la obra había sentido que se sometía a los caprichos de un dios desordenado; nada de lo que decía tenía mucho sentido. Ahora las largas distancias de Sandra sonaban en los momentos más inesperados. Tal vez por eso se tardó en preocuparse de Echeverry. Pero cuando las cosas encajaron en su sitio y las frases inconexas del primer acto adquirieron la carga de un final dominado, Marcos se dio cuenta de algo que todo mundo parecía haber notado: Spooner era una ruina. Echeverry había hecho de su personaje un viejo vacilante; se había sobreactuado de un modo agónico. El director le pidió que hablara con él, a fin de cuentas era su mejor amigo. No sirvió de nada. Aceptó su derrota con excesiva facilidad; el personaje estaba más allá de él.

—Además ya conseguí *chamba* de locutor —añadió como si hubiera algo bueno en eso.

Marcos le dijo que buscara otros papeles, después de todo, no cualquiera convence como anciano.

—Hay que aceptarlo: soy un gordo que no da el ancho, o que sólo lo da en un papel que implique carcajadas joviales, una masa enorme, puras virtudes anatómicas, y además, ¿cuántos papeles de gordo positivo hay en el teatro?

Luego vino el ensayo general, Sandra que nunca regresaba del todo, y Marcos dejó de pensar en la carrera trunca de Echeverry. El día del estreno se fijó más en su saco de ante (acababa de grabar un comercial de sopas) que en la cara que tenía.

Pasó varios meses en el departamento semiamueblado de *Tierra de nadie* sin que eso le ayudara a llegar al fin de las quincenas. Otra vez la amenaza de rematar sus discos favoritos, y el temor de que nadie quisiera comprarlos. Pero Echeverry resultó ser un amigo útil desde su nueva profesión. Le empezó a prestar dinero en los días críticos, y con bastante regularidad olvidó en su coche un sobre con mariguana. No había el menor recelo en esta ayuda. Seguía viendo a Marcos desde otro tiempo; su mirada entusiasta era la misma de los años de Facultad: el futuro abierto, el teatro posible.

Los breves retornos de Sandra no habían sido muy afortunados. Una noche la oyó hablar con el monótono desapego de un personaje de Pinter, un tono monótono, neutro, que lo hizo desconfiar del furor con el que luego gritó en la cama. Sin embargo fingió no darse cuenta, perpetuó aquel juego de sombras alejadas de sus cuerpos.

En esa época ver a sus amigos se convirtió en algo tan desagradable como no ver a Sandra; todos insistían en las frases desgastadas que él mismo le había dicho a otra gente: dos actores no pueden estar en un cuarto sin robarse el oxígeno, etcétera. De cualquier forma acabó por creer que ella de veras no había soportado lo de *Tierra de nadie*. A fin de cuentas a él también le molestó que reapareciera en una obra sin

él. Peñalosa la hizo exponer sus senos bajo una luz lechosa. Y ahora sí la expresión de fragilidad, la espalda dolorosamente arqueada, Sandra inerte, acuchillada por los reflectores. Marcos tuvo una erección insostenible al ver los castigos que asimilaba Sandra. Nada hubiera sido más sencillo que salir del teatro, pero la brutalidad de Peñalosa era de una eficacia deleznable; en todo caso él no logró oponersele; siguió ahí, y hacia el final fue capaz de un distanciamiento que lo asombró, como si ese cuerpo nunca hubiera dormido entre sus manos. La obra tuvo tanto éxito que los críticos amigos de Peñalosa se sintieron obligados a demostrar que no era pornográfica.

El perfume de Sandra se había quedado en los cojines de la sala. Un domingo sin teatro ni carreras de caballos, Marcos ensayó un guiso hindú y todo el departamento se impregnó de un olor dulzón. Quizá fue al perder el olor de Sandra cuando se le ocurrió quitar la gorra de baño que ella había olvidado y desde hacía semanas le estorbaba al abrir el agua fría. La guardó en un cajón donde tenía sus guantes de portero y otras cosas que no usaba.

Ella podía alejarse de él, pero no desaparecer, en algún momento coincidirían en el reparto de una obra. Pero no coincidieron. Sólo la volvió a ver una tarde, en la cafetería de los estudios de televisión. Llevaba un impermeable, seguramente para actuar en un programa; una lástima que en México nadie usara impermeable; ella se veía bien con paraguas, pañoletas, las cosas de la lluvia. Esta vez le pareció que había adquirido una expresión de inteligencia algo neurótica, el tipo de rostro que fotografía mejor en blanco y negro, rodeado del incandescente humo del cigarro. Le recordó a las bellezas del cine francés que tanto habían detestado. La saludó de lejos, ella apuró su café, le hizo una seña vaga, salió del lugar. Cuando probó el café supo que se necesitaba mucha desesperación para beber de un trago aquella miasma.

Sandra canceló a última hora su participación en una película en la que él tenía un papel modesto, y no volvió a entrar en su vida, como no fuera a través de algunas fotos que se habían tomado juntos, mostrando una felicidad tan delirante que a la distancia parecía patética, o de la gorra de baño que de vez en cuando asomaba en el cajón y le recordaba la llave del agua en la otra casa y la vieja moneda para abrirla.

Y ahora volvía por otro medio. Marcos vio aquellas cosas absurdas salir de los bolsillos del gordo, y de pronto el trozo de hueso se volvió absurdo de otro modo. Sólo al ver esa reliquia de Sandra en las manos de Echeverry fue capaz de algo que ya parecía una torpeza: adivinar hacia atrás, predecir en tiempo pasado.

Echeverry tomó una naranja de una cesta y la monótono con un cuchillo pequeño y curvo; produjo una rápida espiral que dejó en la mesa, junto a las demás cáscaras. En cambio, se tardó mucho con los gajos. Le ofreció uno a Marcos, en la punta del cuchillo.

—No aguanto el pie —desató el complicado nudo, se quitó la bota y una calceta de rombos. Marcos masti-caba maquinalmente.

Hubiera querido retomar la conversación por otra

punta, pero en verdad le llamaron la atención las rayitas negras que el gordo tenía en la pantorrilla. Le preguntó por el hockey.

—Son astillas, ya te dije —y se lanzó a una divagación llena de detalles: el suéter de los Osos Grises, el chirriar de los patines afilados, las nubes de vaho saliendo de las máscaras, los bastones vendados con cinta aislante, las tribunas casi vacías, la gloria sin testigos de un deporte minoritario.

—Esas fueron mis primeras puestas en escena. No tan salvajes como las de Peñalosa, por supuesto.

Lo sabía demasiado bien, el gordo era una mezcla de impulsos y letargos. Le enseñó el amuleto que le trajo a Sandra pero sólo para lanzarse a borrosas especulaciones. Lo había escuchado justificar su carácter muchas veces: "Sagitario es el centauro, la bestia mágica, mitad impulso, mitad razón. Lanza la flecha y la persigue sin saber adónde va. Mientras avanza es aventurero; apenas se detiene es cerebral, un jinete de sí mismo". Se preguntó en qué dirección caería la siguiente flecha, pero en eso vio una batea con verduras remojadas. Una frase le llegó de algún sitio:

—*Tal vez ella sea vegetariana.*

—¿Vegetariana?

—Nada. Un parlamento de una obra en la que ya no saliste. Se repite una y otra vez: *Tal vez ella sea vegetariana. ¿De veras eras tan mal actor?*

—*Me viste en Tierra de nadie. Me sobreactué hasta la madre, por pura inseguridad, Leo nomás no llegó a mi esquema.*

—Mejor el teatro secreto, actuar sin público: un partido de hockey en un lugar donde a nadie le gusta el hockey. ¿Has visto a Peñalosa?

—No —contestó Echeverry, sin dejar de masticar; el rostro se le había encendido, como si morder gajos de naranja fuera un trabajo extenuante.

—Supe que otra vez dirigió a Sandra. El maestro sigue haciendo de las suyas. ¿Quién iba a decir que duraría tanto!

—Es un cabrón con suerte. A veces vamos al hipódromo; un domingo ganó de la primera a la novena.

—¿Y no te ha ofrecido un papel?

—Estoy fuera. Troné. ¿Quién puede tomar en serio a un locutor que ni siquiera se niega a participar en la Hora Nacional?

—No sé, tal vez con la euforia de las apuestas... además no has dejado de practicar; tal vez con el hockey te pasaba igual y seguías dando bastonazos fuera de la cancha.

Pensó en las mujeres ficticias que ocultaban a Sandra en las conversaciones del domingo. Quizá hubiera algo de verdad en lo que contaba el gordo, la historia de la astróloga era tan descabellada que debía tener un fondo cierto; sin embargo, a estas alturas lo que menos importaba era si Echeverry había inventado con autoridad o si él era capaz de creer cualquier cosa.

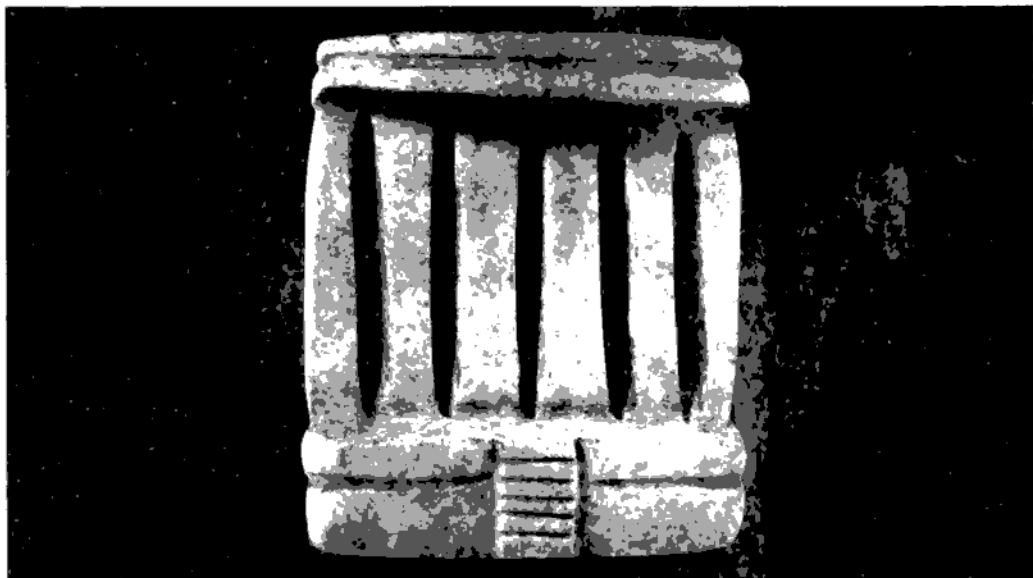
Tomó un sorbo del té atabacado que le había servido Echeverry. Le hizo bien sentir la taza hirviendo en la mano derecha; controló el temblor. Echeverry había atado y desatado su vida, y tal vez lo que más le molestaba no era que hubiera forzado la ruptura, sino que de algún modo también hubiera causado el comienzo, la noche en que no regresó a casa de Sandra. Sintió el calor insoportable en los dedos, aflojó la mano.

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó de prisa, antes de que el otro viera la palma enrojecida.

—No te he dicho nada —Echeverry había dejado de masticar, ahora tenía un tono más tranquilo.

—Me enseñaste el amuleto. Era de Sandra, me imagino que tienes otras cosas de ella.

—No estaba seguro de que te acordaras de un signo adivinatorio. A fin de cuentas el apostador soy yo.



—Otra cosa. No tienes billetes en la bolsa. Me di cuenta cuando te caíste, ¿para qué tanto teatro?

—Quería darte más armas en mi contra: un traidor repugnantemente millonario. No quería que pensaras en el dinero que he perdido por tu culpa en estos años.

—Y ahora me pasas la factura! Eres una mierda.

—No te podía ver en los ensayos, me sentía de la chingada, dejé la obra, ¿qué más quieres? Tal vez de todos modos ya estaba fuera del teatro, pero no es lo mismo renunciar que renunciar en favor de otro. Si te engañaba te podía ayudar, era la única forma de que aceptaras algo.

—La traición heroica! No mames.

—Sandra y tú hubieran acabado en celdas acolchonadas, a la vuelta de su casa. La única diferencia entre ustedes es que ella se quería suicidar y tú estabas a punto de lograrlo por accidente.

—Tu intervención fue un acto sanitario. Gracias. ¿Qué más?

—Nadie separa a nadie, no seas pendejo.

—*Simplemente aprovechaste lo que toda mujer se reserva para una tarde lluviosa.*

—¿Qué es eso?

—*Tierra de nadie. Yo te lo decía a ti.*

El té estaba tibio. Marcos bebió un trago largo. Sintió un sabor cargado y sólo entonces se dio cuenta de que no le había echado azúcar.

—Seguí siendo tu amigo justo porque te engañé — Echeverry vio su reloj.

—¿Y ahora qué esperas? ¿La Ceremonia del Perdón?

—No. Te tengo otra sorpresa.

Se levantó con soltura y fue a la estufa.

—Necesitamos más té. Fingí la caída para traerte aquí. Nunca quieres venir.

—Nunca me invitas.

—Mentira. Rechazaste tantas invitaciones que pensé que sabías lo de Sandra.

—Prefería que nos viéramos en otro sitio, es todo.

—No lo sabías porque no querías. Todo mundo se entera de esas cosas.

—¿Y por qué decirme ahora? No me has contestado.

—No sé. Me cansé de no saber si lo sabías. Si fingías no darte cuenta eras un caso límite de nobleza, algo insoportable.

—Y si te digo que siempre lo supe.

—No lo creo. Tu cara te traicionó al ver el amuleto. No te quisiste dar cuenta, que es distinto. Nobleza involuntaria, supongo. Ahora ya lo sabes. Me arriesgo a que la amistad se vaya al carajo, pero a fin de cuentas quería cambiar de preocupaciones.

Marcos buscó la azucarera con la vista; prefirió apurar el té tal como estaba. Luego le preguntó a Echeverry:

—¿Hace cuánto que no vas al hipódromo con Peñalosa?

—Bastante. ¿Hace mucho que no trabajas con él?

—Lo suficiente para no saber por qué no va al hipódromo contigo.

Marcos vio la tetera al fuego. Echeverry volvió a consultar su reloj.

—Y Sandra, ¿va a venir?

—Sería un buen fin de escena —dijo el gordo—. ¿A qué desenlace apuestas?

Trató de recordar las derivaciones astrológicas del gordo, los planetas rápidos, los planetas lentos, el sistema solar como velódromo recorrido por ciclistas incansables. ¿De qué servía estar en el centro de la pista? Las explicaciones se le habían esfumado, y quizá fuera mejor así, a fin de cuentas las supersticiones y el azar no eran más que figuras de humo para ocultar una sólida impostura. Ahora, despejada de tantas apuestas neblinosas, la misma corpulencia de Echeverry parecía una forma de la arbitrariedad. Y sin embargo lo había ayudado.

Junto a la batea había un periódico. Marcos aisló ese rincón de la cocina: naturaleza muerta con periódico. Pensó en un bodegón cubista que le había regalado Sandra. Echeverry veía las cáscaras en la mesa, como si ya no esperara una respuesta. Marcos se levantó y tomó el periódico. Le llamó la atención una noticia escueta. La leyó con calma, como si ese fuera el momento propicio para enterarse de que el universo tenía un horizonte fracturado. No pudo saber si eso anunciaba o refutaba algo decisivo; lo único inteligible eran los alarmantes números de los años luz. ¿Había realmente un sitio donde el hidrógeno se cansaba de llegar tan lejos? El universo no desembocaba en una tersa curvatura sino en tijeretazos apremiantes.

—Tantos años para terminar con prisas —dijo al fin; luego se volvió hacia Echeverry—. Supongo que estás esperando a Sandra.

El gordo respiró pausadamente. Vio el periódico sobre la mesa y contestó como si leyera una noticia:

—Ajá. No debe tardar.

—¿Y cuánto paga la apuesta?

—No mucho. Haberte enterado de todo esto.

Vino un momento muerto, Echeverry desmenuzó las cáscaras, Marcos buscó manchas en la pared. Luego oyeron una llave en la cerradura, varias más. La elaborada cadena de cerrojos cedió al fin. Las pisadas de Sandra sonaron en la sala. Marcos recordó el desorden de la casa y se dio cuenta de que aún no llegaba al final. La casa sólo estaba habitada por los restos de una vida anterior. Sandra y el gordo habían terminado, ella iba a recoger sus cosas; eso era lo que estaba detrás de las suplantaciones de Echeverry. Escuchó los pasos inconexos que sorteaban el tiradero.

Sandra se detuvo en el quicio de la puerta. Era evidente que no esperaba encontrarlo ahí. Echeverry había alargado el domingo para llegar a ese momento. La iluminación de la cocina, el té humeante, Marcos sentado en el centro del cuarto, todo había sido dispuesto para humillarla.

Marcos vio las rayitas de cansancio debajo de los ojos que no le había notado en las películas.

—¿Un tecito? —preguntó Echeverry.

La mirada de Sandra vaciló de un extremo a otro de la cocina. Su pelo parecía reseco. Tal vez después de muchas horas de sueño volvería a ser atractiva. En ese momento parecía a punto de desplomarse. Se frotó el empeine del zapato sobre la pantorrilla.

—No —la respuesta fue tan tardía que podía referirse a otra cosa.

Dijeron un par de trivialidades. Sandra respondió con monosílabos desde una voz fría. Se sentó a la mesa; se llevó las manos a la cara. Cuando separó los codos de la mesa, Marcos vio el suéter manchado de harina. El gordo sonrió a un extremo.

—Creía que ya no se veían —dijo Sandra.

—Ya lo ves —dijo Echeverry—; buenos amigos, como en los viejos tiempos. Ya lo dijo mi libretista favorito: “la fidelidad es para el instante, la lealtad para la eternidad”.

Marcos se dio cuenta de que el cansancio, la cara desvelada de Sandra habían hecho que le concediera una ventaja excesiva al gordo. La vio revisar el periódico con calma; lo que sucedía en la cocina le importaba tan poco como que el horizonte del universo estuviera hecho cisco. También Echeverry había fracasado al buscar la fragilidad de Sandra. Marcos no era capaz de romper su indiferencia. Casi le dio gusto ver esos ojos que ya no lo incluían, la mano segura que sostenía el periódico. Ella sólo había ido a recoger sus cosas, ahora estaba seguro.

—Llegó una vez y se fue dos —recitó, en un tono reanimado.

Sandra se acordaba. Sonrió, como si no quisiera hacerle, una mueca torcida.

—Peñalosa es buen director, siempre lo ha sido —Marcos estiró la mano, sus dedos pasaron por la harina. Sandra se levantó.

¿Hubiera servido de algo decirle que tampoco él esperaba encontrarla ahí? Habían llegado al final, Sandra estaba a punto de irse, rompería el cerco sin su ayuda. La vio con una mirada que en otra época hubiera sido de entendimiento; imposible saber lo que ella captaría ahora; tal vez lo mismo que acababa de decir; sí, Peñalosa era buen director.

Echeverry tenía una expresión disminuida, extra-

viada, que no le veía desde *Tierra de nadie*. Qué bruto, Echeverry; se podría haber ahorrado todo eso guardando silencio hasta el próximo domingo, y otra vez las carreras, otra vez el amigo generoso y su vida corregida con libertad en la mesa de siempre. Pero había soltado la sopa y ahí estaba, vencido por los ojos cansados de Sandra, en la orilla de su última escena. Marcos recordó los ensayos de *Tierra de nadie*; los otros actores le pidieron que le hablara, era su mejor amigo, sólo a él lo escuchaba. Le sorprendió la facilidad del gordo para aceptar el fracaso, y no insistió gran cosa, lo dejó ir, con suavidad, apenas quiso convencerlo, nada menos comprometido que la mano desasida, los dedos que soltaron a Echeverry.

Hubiera querido volver a las sencillas apuestas de la tarde; empezaba a verse de un modo distinto, ya no era el ángulo pasivo de la historia, sino otra cosa, otra posibilidad a la que no quería llegar. En eso Sandra se puso de pie. Marcos alzó la vista y de pronto recuperó la luz dolorosa del cine donde la vieron por primera vez.

Ya en la puerta preguntó, como si siguiera una indicación para salir de escena de manera natural:

—¿Fueron juntos al hipódromo?

Echeverry pareció regresar de otro lado, una mirada penosa, que hacía pensar en lastimaduras, en una violencia desarmada. Cruzó una mirada con Marcos.

—¡Una fortuna! —dijo, y empezó a hablar de caballos; de golpe su voz adquirió el apremio de una sorpresa a punto de ser dicha.

Marcos sintió lástima por el entusiasmo del gordo y su deseo de seguir la historia desbocada; aun así pensó en contradecirlo, en atajar al menos esa invención. Pero no fue necesario. Cuando la mano de Echeverry barrió el aire como *Canela* en la séptima carrera, ella ya se había ido.

